

Aspectos estamentales de la caballería en *Tirant lo Blanc*

ENRIQUE GALÉ

La novela de J. Martorell centra su interés en:

“Los fets dels antics virtuosos e en fama molt gloriosos cavallers dels quals los poetes e historials han en ses obres comendat perpetuant llurs recordacions e virtuosos actes.” Dedicatoria, pág. 113¹.

Y, como desarrollo de esta idea, el núcleo central de la obra describe esencialmente el brillante ascenso social del caballero bretón que da título a la novela, desde sus primera aparición como escudero camino de Londres hasta sus momentos finales, heredero ya del Imperio Bizantino. En virtud de este protagonismo debe entenderse que el caballero Tirant lo Blanc es el modelo de “*cavallers*” por el que Martorell siente predilección y su figura es concebida como la cifra de los prejuicios que con respecto a la caballería tenía el autor. El estudio de esta perspectiva sociológica que vincula con enorme precisión la figura del protagonista a un determinado estrato social dentro de la organización estamental de la época, marca los límites de este artículo².

1. DOS PROTAGONISTAS: TIRANT LO BLANC Y GUILLEM DE VAROIC

1.1. El caballero que va a ser protagonista fundamental del grueso de la novela aparece en un momento relativamente avanzado de la obra, cuan-

¹ Citaré a lo largo de todo el estudio por la de. de M. DE RIQUER, *Joanot Martorell: Tirant lo Blanc y altres escrits*, Ariel, Barcelona, 1995.

² Por supuesto hay una parte de la novela que se escapa a este esquema general, los primeros capítulos, cuyo protagonista exclusivo es el conde Guillem de Varoic. De este fragmento “prologal” sabemos que se trata de la versión ampliada de un texto anterior y ajeno en principio a la escritura del *Tirant* pero espero mostrar más adelante que revela los mismos planteamientos que su continuación con respecto al tema que aquí trato.

do en realidad ha terminado ya la primera "novela", el "*Guillem de Varoic*". Transcurre el capítulo XXVIII cuando el narrador nos presenta a "*un gentil-hom, de llinatge antic e natural de Bretanya*" camino de Londres. Para entonces ya conocemos las aventuras de un singular caballero inglés, el conde Guillem de Varoic, que acaba de salvar Inglaterra de la invasión sarra-cena y ha dejado la corte y a su propia familia para pasar la vida en la soledad de una ermita. Ante él llega por casualidad este anónimo escudero desconocedor de lo que significa la orden de caballería, a la que sin embargo desea pertenecer. Quien ha sido protagonista hasta ese momento va a ceder el paso a este nuevo personaje de quien poco a poco vamos a ir sabiendo algunos datos personales.

Su nombre completo, por ejemplo, lo especifica él mismo en el siguiente capítulo titulado "*Com Tirant manifestà son nom e son llinatge a l'ermità*":

"A mi dien Tirant lo Blanc, per ço com mon pare fon senyor de la Marca de Tirània, la qual per la mar confronta ab Anglaterra, e ma mare fon filla del duc de Bretanya e ha nom Blanca; e per ço volgueren que jo fos nomenat Tirant lo Blanc", pág. 170.

Estas precisiones, sin embargo, serán ampliadas más adelante cuando en el capítulo CCXXII el autor precise el origen mítico de su linaje, descendiente de un hermano de Uterpendragón, "*qui fon pare del rei Artús*"³.

Debo subrayar que el alto origen de sus antepasados no implica que el caballero parta de una posición elevada. Por el contrario, ya hemos visto que en principio Tirant no es más que un simple escudero; pues bien, de regreso ya de las justas de Londres, el narrador puntualiza:

"Tirant se girà devers la sua companyia, per ço com n'hi havia així en llinatge, com en riquesa, com en altres coses de major auctoritat e senyoria" Cap. XL, pág. 187.

Por lo tanto, una vez precisada la indudable nobleza de su origen, no hay ningún interés por parte del autor en presentar a su protagonista partiendo

³ No resulta difícil encontrar linajes medievales que tomen origen en episodios más o menos míticos. Entre ellos tal vez el más famoso sea el de la casa de Lusignan, familia de la nobleza franca que llegó a poseer las coronas de Chipre y Jerusalén y se tenía por descendiente de Melusina, mujer-pezu cuyo origen se oculta en las mitologías del área celta. Cf. JEAN D'ARRAS: *Melusina o la noble historia de Lusignan*, Madrid, Siruela, 1983.

Pero también en los territorios de la Corona de Aragón pueden encontrarse vinculaciones míticas para algunas casas importantes. Así, por ejemplo, en la Crónica de San Juan la Peña, se relata la milagrosa intervención simultánea de un cruzado en las batallas de Antioquía y Alcoraz a lomos del caballo de S. JORGE (*Crónica de S. Juan de la Peña (Versión aragonesa)*, ed. C. Orcástegui, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1986, pág. 40), a lo que Zurita comenta: "*algunos autores modernos añaden a esto que aquel caballero era del linaje de Moncada*", J. ZURITA: *Anales de la Corona de Aragón*, I, XXXII, ed. A. Canellas, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1987, pág. 104.

desde una situación social descollante sino más bien al contrario⁴. De ahí la importancia de que ni Tirant ni la gente de su linaje posean sangre real, lo cual los coloca directamente en un segundo nivel en la escala nobiliaria de su época⁵. Esto va a tener una trascendencia enorme dentro de la novela puesto que Martorell mantiene una permanente consciencia de la mediocre prosapia de Tirant. Como ejemplo querría traer aquí una referencia a este hecho que me parece definitiva: Cuando ya Tirant ha muerto y Carmesina, su esposa, se dispone a dejarse morir de tristeza, hace un último elogio de su amado cuya coda es la siguiente:

No li mancava altra cosa, per ésser complit de totes les pefeccions e gràcies, sinó una poca de sang real que hagués tengut” Cap. CDLXXVI, pág. 1.161.

Esto explica, por otra parte, las enormes dificultades que desde el principio se plantean en los amores entre el caballero y la Princesa, pertenecientes a estratos nobiliarios dispares que sólo las proezas de Tirant nivelarán⁶.

1.2. Preciado el punto de partida, en el *Tirant* pueden seguirse los pasos de la elevación social de este protagonista en un doble ascenso, truncado el primero por la tormenta que lo arroja a África. Este ascenso se da dentro de los límites que le permiten las características de su extracción de origen pero tal ámbito es forzado hasta sus máximas posibilidades.

Tras unos primeros consejos del ermitaño, Tirant continúa su camino, más deseoso aún de ser hecho caballero y efectivamente:

“lo primer a qui lo Rei donà l’ordre de cavalleria fon a Tirant lo Blanc, e lo primer qui féu armes fon ell.” Cap. LVIII, pág. 210⁷.

⁴ Desde un punto de vista esencialmente narratológico R. BELTRÁN razona esta postura de Martorell de la siguiente manera:

“Els cavallers novel.lescos són més humils que els historics, perquè no tenen necessitat pragmàtica de demostrar arrels nobiliàres, y sí necessitat narrativa de partir des de baix par a descriure un camí positiu d’ascens personal i social”, R. BELTRÁN: *“Tirant lo Blanc i la biografia cavalleresca”*, *Actes del Symposion Tirant lo Blanc*, Barcelona, Quaderns Crema, 1993, pág. 115.

⁵ Incluso nominalmente puede percibirse la diferencia que la posesión o no de sangre real marcaba en los territorios de la Corona de Aragón entre los miembros de la nobleza. Así, tras la victoria sobre la Unión en Épila, Pedro IV agradece su apoyo a D. Lope de Luna concediéndole *“título de conde de Luna y fue el primero que se sabe en estos reinos haberse dado a rico hombre que no fuese hijo de rey”*, Zurita: o.c., VIII, XXI, pág. 154. Y la diferencia parece mantenerse aún a finales del XV cuando extendido ya el título de conde entre las familias de la más alta nobleza, el de Duque se reserva para los miembros de la casa real.

⁶ No pretendo agotar el número de referencias que a ésta muy determinada extracción social de Tirant hay en el texto pero me parece interesante en relación con los amores de Tirant y Carmesina anotar aquí la primera de las advertencias que contra Tirant le hace la Viuda Reposada a su señora:

“E si per lícit matrimoni vos ajustau ab ell, feu-me gràcia del títol que té, de duc, comte o marquès, o de rei.” Cap. CXXVII, pág. 406.

⁷ Sobre la importancia que podía concedérsele en la Edad Media al hecho de ser nombrado caballero por un rey y la trascendencia que a ese vínculo se le daba, puede ser ilustrativo este comentario

El siguiente peldaño dentro de este ascenso en lo que podríamos llamar la “carrera” del caballero lo sube Tirant al ser incluido dentro de la muy selecta Orden de la Garrotera, máxime cuando su posición dentro de la Orden no es una cualquiera:

“Tirant fon elet lo primer de tots los altres cavallers, per ço com fon lo millor de tots los cavallers; après fon elet lo príncep de Gales, lo duc de Bétafort (...)” Cap. LXXXVIII, págs. 284-5.

Aquí por vez primera vemos un rasgo que se repetirá a menudo a lo largo de la obra: dentro del estricto campo de la caballería, el caballero más humilde puede adelantar, en virtud de sus merecimientos bélicos, a los más encumbrados únicamente por su linaje. Hay que tener en cuenta que el autor, que conocía perfectamente la realidad inglesa, sabía que el Príncipe de Gales era el heredero de la corona de Inglaterra y el noble, por lo tanto, de mayor categoría después del monarca en aquel reino. Nombrar caballero de la Garrotera a Tirant con preferencia a él supone colocarlo en el lugar más elevado, podríamos decir incluso que excesivamente elevado y, de hecho, como veremos, el Príncipe de Gales en alguna ocasión va a intentar pararle los pies a este advenedizo que está acaparando honores en demasía.

A partir de este momento comienzan las hazañas estrictamente militares del protagonista como capitán del socorro que libera la isla de Rodas y como capitán también de la armada siciliana que parte en auxilio del Emperador de Grecia. Allí Tirant consigue los mayores grados de jurisdicción armada y militar inmediatamente, en el cap. CXVII, cuando nada más llegar a Grecia el Emperador le concede *“la capitania imperial e general de la gent d’armes e de la justicia.”*, lo cual lo coloca por encima, incluso, del más importante de los nobles del Imperio, el Duque de Macedonia, hecho que propiciará los duros enfrentamientos que surgen rápidamente entre ellos.

Sin embargo nominalmente Tirant sigue siendo un simple caballero de ventura durante casi todo el resto de la novela puesto que va renunciando una y otra vez a aceptar los diversos títulos con los que el Emperador pretende agradecerle sus servicios. Esto es así porque, como en algún momento dice Tirant, sólo aspira a lo más alto, a suceder al Emperador tras su matrimonio con Carmesina⁸. Pero esto se demora en la novela por el brusco corte que marcan en el argumento central los capítulos africanos. Finalmente, retomado el hilo

de Zurita acerca del nombramiento como caballero de Fernán Sánchez, hijo natural de Jaime I, por Carlos de Anjou, rey de Sicilia:

“Y según en algunos anales parece recibió don Fernán Sánchez caballería de manos del rey por lo cual se siguieron grandes celos y de ellos un implacable odio y discordia entre él y el infante don Pedro [futuro Pedro III], su hermano”, o.c., III, LXXIV, pág. 673.

⁸ Bien que como declaración indirecta de su deseo de casarse con la Princesa Tirant afirma con rotundidad:

“E per ço que la celsitud vostra sàpia més clarament ma intenció, jamás pendré títol negú, tant com la vida m’acompanyarà, sinó emperador o no res.” Cap. CLXI, pág. 556.

principal, continúan los amores del protagonista con la Princesa y su ascenso social.

El punto álgido de éste llega en el cap. CDL cuando el Emperador por fin le entrega el Imperio junto con Carmesina y, como dice el edicto que se le manda leer por las calles a los ciudadanos de Constantinopla, le nombra

“digníssim succeïdor e Cèsar de l’Imperi grec, i esdevinidor Emperador de vosaltres, al present claríssim príncep y excel.lent capità Tirant, après los benaventurats dies de la sua antiga senyoria” Cap. CDLIII, pág. 1.121.

Este es el momento de mayor encumbramiento de Tirant, el umbral de la gloria a la que toda la novela parece aspirar.

El segundo movimiento ascensional lo protagoniza Tirant a lo largo de los capítulos que se desarrollan en Berbería. Llega Tirant a las costas africanas después de una terrible tormenta en la que ha perdido toda su flota e incluso a todos sus compañeros de navegación con la sola excepción de un marinero. Ambos se ocultan en un viña y *“veren allí una cova, e posaren-se dins per a dormir tots nuus així com estaven”* (Cap. CCIC, pág. 844). El gran general Tirant lo Blanc se encuentra, pues, ahora desprovisto absolutamente de todo y a merced de sus enemigos. La rueda de la Fortuna ha vuelto a girar y ahora Tirant se halla mucho más abajo que en cualquier otro momento de la novela. De hecho en capítulos siguientes, pese a la afable acogida que sus fingidas desventuras tienen en el Cabdillo, pronto va a ser hecho preso por el hijo de su protector quien *“manà que fos ben guardat y li posassen cadena e grillons, e així fon fet.”* (Cap. CCCI).

De aquí la novela pasa a desarrollar un nuevo proceso de elevación, el de este cautivo cristiano que se va a ir imponiendo por mor de sus “cavallerías”. Los primeros hechos de armas, la liberación del rey de Tremicèn y de su hija del cerco al que los tenía sometidos el rey Escariano, consiguen la libertad del cautivo, ceremonia que Martorell describe con detalle en el Cap. CCCVII. A partir de aquí con sus tretas⁹ tanto como con su espada, Tirant se convierte en el general en jefe de un gran reino cristiano en el Norte de África.

Al final de este proceso, cuando va a pasar de nuevo a Europa a retomar la defensa del Imperio Griego, Tirant puede ser considerado un emperador “de facto” puesto que a su servicio se hallan el rey Escariano, que marcha a su país a formar un ejército para seguir a su “señor”, el rey de Fes y de Bogia, que debe

⁹ A lo largo de toda la novela los protagonistas no desdennan utilizar todo tipo de estratagemas que puedan darles la victoria sobre el enemigo. Es más, la sabiduría en este tipo de técnicas que dependen más del ingenio del caballero que de su fuerza física en ningún momento aparece enfrentada a las normas de la caballería sino, por el contrario, forman parte integrante de la buena educación caballeresca y así en el cap. CCCXLIII, en un momento de apuro para Tirant, éste no duda en afirmar:

“E puix gran part de la nostra gent havem perduda, e ells són deu tants més que nosaltres, usaré de mos remeis, no difraudant gens la honor de cavalleria” pág. 935.

a su pariente la corona y la mujer con que la comparte, e incluso Melquisedec, el nuevo rey de Montàgata, que es enviado por Tirant a Constantinopla como emisario ante el Emperador (Cap. CCCLXXXIII)¹⁰. Y sin embargo, Tirant sigue siendo todavía un simple caballero sin título alguno.

1.3. En realidad el comportamiento de Tirant, que nominalmente nunca pasa de ser un simple caballero de la orden de la Garrotera hasta que es declarado, ya al final de la obra, César del Imperio y heredero del Emperador, es el propio de alguien que está más allá de los títulos honoríficos que constantemente se le están ofreciendo.

Desde el inicio de su deambular por el Mediterráneo en auxilio de la Orden Hospitalaria en Rodas comienzan a presentársele buenos “partidos” que propiciarían su inmediato ascenso social. El primero de ellos lo encontramos en el capítulo CVIII: Toda la expedición que tras liberar Rodas ha marchado en peregrinación a los Santos Lugares regresa ya hacia Sicilia y el Maestre de Rodas enuncia la primera profecía acerca de la futura grandeza de Tirant:

“-Per ma fe jo crec, si Tirant viu molt temps, ell basta a senyorejar tot lo món. Ell és lliberal, ardit e savi, ginyós més que tot altre. Dic-vos per cert que si Nostre Senyor m’hagués dotat d’algun imperi o regne e tingué filla, jo la daria més prest e de millor voluntat a Tirant que a negun príncep de la cristiandat”, pág. 339.

El Maestre de Rodas, por supuesto, carece de reino e hijas, pero no así el rey de Sicilia, que se halla allí escuchándole y de quien el autor nos dice a continuación:

“Lo Rei advertí molt bé en les prudents paraules del Mestre e tostemps après tingué deliber, com fos en Sicília, de dar sa filla a Tirant.”
Idem.

Ricomana, la hija doncella del rey de Sicilia, por su parte, siente más inclinación por el caballero, prudente y gentil, que por el zafio infante de Francia. Sin embargo, la intención de Tirant desde su llegada a Sicilia es la de casar a Felip con Ricomana y todos sus esfuerzos van a ir dirigidos por un lado a vencer la inclinación del Rey a proyectar la boda de su hija con el propio Tirant y, por otro, a convencer a la infanta de la gentileza del príncipe. La conclusión de todo este episodio la conocemos: Felip y Ricomana se casan en el Cap. CXI y más tarde, como consecuencia de una rocambolesca sucesión de casualidades

¹⁰ Podría parecer que todo este ascenso social de Tirant resulta hiperbólico y por lo tanto inverosímil para los lectores. A este respecto, sin embargo, M. de Riquer, conocedor como nadie del ambiente social de la época, señala:

“Tirant lo Blanc ofereix un curriculum vitae que respon a una realitat del segle XV, on són tan freqüents els casos de joves que feren de cavallers errants i, adquirint així prestigi, esdevingueren capitans que comandaven grans exèrcits de terra o estols de mar”. M. DE RIQUER: *Aproximació al Tirant lo Blanc*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990, pág. 211.

—el heredero muere, el hijo segundo prefiere la religión a la corona, el padre fallece del disgusto—, se convierten en reyes de Sicilia (Cap. CLIV).

Más adelante y como consecuencia de sus grandes triunfos iniciales en la guerra contra los invasores musulmanes del Imperio, Tirant pide por vez primera un cargo, el de Gran Condestable, pero no para él sino para su pariente Diafebus. El Emperador accede a este rasgo de generosidad de su Capitán General pero a la vez pretende recompensarle también con cargos honoríficos (Cap. CLXI, pág. 552). Sin embargo, y pese a que acaba de conseguir para Diafebus un honor que él todavía no tiene, Tirant renuncia al condado que se le ofrece, el cual finalmente acaba también en poder de Diafebus, que se titulará a partir de entonces "*Gran Conestable e Comte de Sant Àngel*." Y como en el caso de Felip y Ricomana, ejerce también aquí Tirant de casamentero (Cap. CCXIX). Con esta boda Diafebus alcanza una categoría social dentro de la nobleza griega, Duque de Macedonia, sólo superada por el propio Emperador, quien le recuerda a Tirant que en realidad su buena voluntad no se dirigía hacia Diafebus sino hacia el protagonista:

"e per ço vos havia jo pregat, perquè fósseu més afix a la corona de l'Imperi grec, que volguésseu pendre Estefania, neboda mia, per muller, ab lo ducat de Macedònia e ab moltes altres cosas que jo os haguera dades. Mas diu lo vulgar parlar que no deu hom tant amar a altri que faça hom mal a si. ¿E com no havià prou Diafebus, e se devia tenir bé per content, d'ésser comte de Sant Àngel e Conestable Major? Ni vós no volgués, en aquell cas que jo el vos dava, lo dit comdat, ans lo donàs a vostre parent, e ara vos donava lo ducat e tampoc l'havau volgut ab parenta mia bona e molt honesta. No sé què us esperau! Si disijau que us done lo meu Imperi, no en façau compte, que jo el m'he mester" Cap. CCXXIII, págs. 678-9.

En esos momentos no sabe el Emperador cuán cercano se halla su último comentario del presumible destino de Tirant, que tiende en efecto al Imperio.

Tirant va rechazando una carrera de honores que le podrían situar rápidamente por encima del resto de los personajes de la novela en cuanto a categoría social quedando sólo como caballero y general, es decir, con dignidades exclusivamente militares. Y a la vez se sirve de esos honores que ponen a su alcance para engrandecer a aquéllos que se hallan a su alrededor¹¹. Y ese mismo proceso va a repetirse a lo largo de las conquistas que Tirant lleva a cabo en Berbería declinando en favor de Escariano la proposición de matrimonio de la reina de Tremicèn, cediendo los reinos de Fes y de Bogia a su pariente el Señor d'Agramunt y casando, por último, a su fiel Melquisedec con la reina de Montàgata.

¹¹ En realidad Martorell no hace sino desarrollar una peculiar línea argumental de la que deja constancia incluso en el brevísimo resumen de la Dedicatoria:

"per sa virtut conquistà molts regnes e províncies donant-los a altres cavallers, no volent-ne sinó la sola honor de cavalleria", pág. 113.

En resumen, hay una tendencia manifiesta a lo largo de todo el libro a mostrarnos a un protagonista que desprecia todos los honores propios de los títulos nobiliarios desde el condado hasta el reino y que sólo va a aceptar el máximo, el Imperio. Y por otro lado el autor tiene un evidente interés por hacer de su caballero un “facedor” de reyes y de nobles, normalmente mediante matrimonios concertados por él mismo¹².

1.4. Pese al predominio casi absoluto de la figura de Tirant lo Blanc a lo largo de la novela, durante los veintisiete primeros capítulos podemos estudiar otro modelo de caballero, que admite comparación con Tirant tanto más cuanto que va a ser su maestro en el arte de la caballería.

El conde Guillem pertenece al ámbito de la nobleza de título, dentro de un linaje antiguo de Inglaterra. Martorell se refiere a él como “*cavaller valentísim, noble de llinatge e molt més de virtuts, lo qual per la sua gran saviesa e alt enginy havia servit per llong temps l'art de cavalleria ab grandíssima honor.*” (Cap. II, pág. 118) Por sus palabras sabemos incluso algunos detalles sobre esa profesión caballeresca:

“*-Mon fill—dix l'ermità—, bé ha cinquanta anys que jo rebí l'orde de cavalleria en les parts d'Africa, en una gran batalla de moros*” Cap. XXX, pág. 172.

De este conde inglés conocemos también algunas de sus hazañas guerreras, como la defensa de la ciudad de Ruan frente al rey de Francia, que el propio personaje le recuerda a su mujer en el Cap. XVIII¹³. Por todo ello la fama

¹² Un peculiar caso de colaboración de Tirant en el ascenso de otro de sus fieles es el de Hipòlit al final de la novela, con el protagonista ya muerto. En el acceso al trono imperial de este personaje tanto como los amores de Hipòlit con la Emperatriz, o quizás más, influye el hecho de que Tirant lo nombre heredero universal en su testamento:

“*E de tots los altres béns e drets meus, los quals mijançant lo divinal adjutori jo m'he sabuts guanyar, e per la majestat del sanyor Emperador m'és estada feta gràcia, faç e instituesc hereu meu universal a mon criat e nebot Hipòlit de Roca Salada, que aquell en lloc meu sia posat, e succeeasca, així com la mia persona a fer d'aquells a totes ses voluntats.*” Cap. CDLXIX, pág. 1149.

Esta manda tiene una importancia fundamental para el desenlace de la novela porque después, cuando los nobles francos se reúnan para decidir la sucesión del Imperio, van a tener muy presente esta última voluntad del protagonista a la hora de elegir sucesor.

¹³ Este capítulo XVIII presenta un ejemplo muy significativo del proceso de amplificación al que somete el autor su anterior material novelesco a la hora de incorporarlo a la nueva obra. Lo que en la primera versión se limita a la afirmación por parte del rey-ermitaño de que “*fui en moltes batalles on ell se trobà*” (“Guillem de Varoic”, pág. 1240), en el texto del *Tirant* se amplía con el recuerdo del noble inglés contemporáneo de Joanot Martorell descendiente del protagonista, Richard de Beauchamp, conde de Warwick, que según anota Martí de Riquer en su edición de Joanot Martorell: *Tirante el Blanco (Traducción castellana del siglo XVI)*, Barcelona, Planeta, 1990, pág. 43, n. 4, fue comisario general para la rendición de Rouen en 1419. Pero además en este episodio parece haber otra evocación mucho más cercana en el tiempo a la redacción del texto catalán: la de la entrada triunfal de Alfonso V en Nápoles en 1443. Compárese a este respecto el fragmento de Martorell:

“*ab quanta d'honor fon rebut per lo Rei e per tots los del regne, e romperen-li un tros del mur, car no consentiren que entràs per porta nenguna, e anava sobre un carro emparamentat de draps de brocat e los cavalls qui tiraven lo carro anaven ab paraments de seda, e ell anava tot sol sobre lo carro, armat tot en blanc ab l'espasa nua en la mà*”, pág. 145,

del conde es enorme y el propio Tirant cuando el ermitaño le cita a los que considera los mejores caballeros de su época le reprocha extrañado que no hable “*d’aquell tan famós cavaller lo comte Guillem de Varoic, del qual he oït recitar de singulars actes*” (Cap. XXXVIII, pág. 182). Y por último, incluso tenemos noticia de algún caballero que se precia de haber sido a su vez hecho caballero por el conde Guillem de Varoic, como ese caballero de Muntalt “*sens reprotxe negú*”, que prefiere morir antes que rendirse (Cap. LX, pág. 215).

El conde Guillem de Varoic es, por lo tanto, un típico noble de clase social alta, caballero desde la primera juventud, combatiente en múltiples lides —entre ellas “*set batalles campals on hi havia rei o fill de rei, y de deu mília combatents ensús*”¹⁴—, defensor de la ley católica, de mujeres y niños (Cap. XXXVIII), maestro de caballeros y glorioso servidor de su rey en la guerra. Precisamente por lo tópicos de su figura, que recoge todos los rasgos positivos del prototipo de caballero literario medieval, resulta especialmente significativa su evolución en el fragmento de novela que protagoniza.

Guillem de Varoic se halla en la cumbre de su gloria cuando decide “*d’anar en prergrinació e de passar a la casa santa de Jerusalem, on tot cristià deu anar*” (Cap. II, pág. 118). Al regreso de su peregrinación el conde se retira a la soledad de una ermita donde sobrevive como mendigo, siendo su propia mujer, que desconoce su identidad, una de sus principales limosneras. En este bajo estado, desde el punto de vista caballeresco, lo encuentra la invasión del rey de la Gran Canaria y desde él va a iniciar una rápida progresión que le lleva primero a ser el principal consejero del rey de Inglaterra y a sustituir al propio rey por último (Cap. XVII).

En general, en esta parte de la novela hay una intervención especialmente importante de motivos religiosos, tanto en el motivo del abandono del mundo por parte del caballero, como en el de la intervención divina para la salvación del reino. Yo creo que este ambiente espiritualista le viene dado al texto por la fuente de donde parte el autor, que es el *Libro de la orden de caballería* de Ramon Llull. Resulta fácil comprobar que la historia del conde Guillem de Varoic concuerda con el esquema narrativo perfeccionado en el primer párrafo de ese libro tanto en su primer movimiento —caballero famoso que abandona a su familia y heredades— como en el segundo —retiro definitivo a un “*locus amoenus*”—. Este capítulo inicial lo amplifica Joanot Martorell por un lado con un motivo religioso —esposo que abandona a su mujer por llevar vida mendicante siendo su propia mujer quien, sin reconocerlo, se encarga de su

con la concisa narración que del triunfo al que me refiero hace J. Zurita:

“y entró en carro triumphal de cuatro caballos blancos y otro que iba delante, y con aquella majestad y pompa que se pudo imitar de los tiempos antiguos. Mandaron los del regimiento de la ciudad derribar cuarenta brazas del muro al mercado”, o.c., XV, XVII, pág. 275.

¹⁴ También Tirant tiene presente a la realeza en la conformación de su “currículum” caballeresco cuando denuncia su voto en Constantinopla:

“Jo faç vot a Déu e a la donzella de qui só, de no dormir en llit ni vestir camisa fins a tant jo haja mort o apresonat rei o fill de rei” Cap. CCIII, pág. 643.

subsistencia— procedente de la hagiografía medieval y con un claro precedente en la leyenda de S. Alejo, y por otro, con un motivo caballeresco —caballero que desde la más humilde e inesperada de las posiciones salva al reino— que podemos encontrar en forma bastante similar sin ir más lejos en las propias aventuras de Tirant en Berbería.

Pero en la historia del conde Guillem de Varoic el ermitaño que ha llegado por sus caballerías a ser rey, una vez cumplida su misión de restablecer el orden y derrotar a los invasores infieles renuncia a la corona y vuelve a su humilde posición anterior. Sin duda tanto porque así lo señalaban los modelos literarios de Martorell como por la gran importancia que para el autor tiene el aspecto religioso de la caballería¹⁵, en esta parte de la novela hay una renunciación a los honores mundanos que pueden servir muy bien para establecer ciertos contrastes entre las figuras de los dos caballeros, Guillem de Varoic y Tirant lo Blanc.

Tirant muestra también un comportamiento similar de renunciación a los múltiples títulos que se le ofrecen o que están a su alcance, pero mantiene siempre sus aspiraciones al título más importante, el de Emperador, por alcanzar el cual parece esforzarse a lo largo de toda la novela mientras que el conde Guillem sólo accede a la categoría real como una parte más de su lucha contra los moros e inmediatamente después de vencerles renuncia a ella volviendo a la vida religiosa que es la que verdaderamente desea. Creo que habría que tener en cuenta esta diferencia fundamental entre maestro y discípulo a la hora de interpretar el sentido global de la novela. El conde Guillem de Varoic puede presentarse como ejemplo de caballero contra quien no vale Fortuna puesto que sus hechos no son de este mundo y por lo tanto pertenecen a un orden superior a los de Tirant, pese a toda la grandeza cabaleresca de éste¹⁶.

2. OTROS CABALLEROS

2.1. El grupo de caballeros más homogéneo y cercano al protagonista es el de sus familiares: la casa de Roca Salada del ducado de Bretaña. Se trata de

¹⁵ Los aspectos religiosos de las caballerías de Tirant han sido especialmente valorados por E.T. Aylward, quien a partir de ellos llega a la conclusión de que el protagonista

"he means to show by concrete example the kind of Christian military commander-diplomat-governor that would be need to stop the march of the Moslem hordes in the Balkan-eastern Mediterranean region and restore the Greek Empire with its capital at Constantinople." E.T. AYLWARD: *Martorell's Tirant lo Blanch: A program for military and social reform in fifteenth-century christeendom*, Chapel Hill, University of North Carolina, 1985, pág. 181.

¹⁶ No me ha parecido oportuno profundizar en la dimensión religiosa de la personalidad de Tirant puesto que se me antoja un componente más literario que realista del personaje. Sin embargo sirva como ejemplo máximo de ello el elogio que el rey Escariano hace de Tirant cuando éste *"li declarà de nostra fe tot lo que un crestianíssim e devot cavaller hi pot entendre"*:

"-Capitá virtuos, no poguera jamás creure que per a ésser cavaller poguesses tant saber en los fets de la Trenitar" Cap. CCCXXVII, pág. 905.

un grupo de caballeros, —”*trenta-cinc cavallers e gentilshòmens, qui eren vençuts ab Tirant e ab lo vescomte de Branches*” (Cap. CCXXII, pág. 677)— de idéntica procedencia y similar categoría social y con un cuerpo de ideas y actitudes comunes y vinculadas a las del protagonista. Pertenecen a este grupo algunos de los personajes más importantes de la novela como Diafebus de Montalt o Hipòlit y otros que aunque no tienen una gran trascendencia en general sí que ocupan puestos de relevancia en el desarrollo de algunos episodios como el señor d’Agramunt o el vizconde de Branches¹⁷.

Estos cinco personajes son conscientes en todo momento de formar un grupo vinculado por relaciones familiares muy bien establecidas que implican como veremos orgullo por un origen común, dependencia de uno de ellos que es la cabeza del linaje y esfuerzo conjunto por conseguir un ensalzamiento de ese linaje que tiene como consecuencia el ensalzamiento personal¹⁸.

Martorell nos detalla el origen mítico del linaje en el capítulo CCXXII:

“E per ço se nomenaven ells de Roca Salada, per ço com, en aquell temps que conquistaren la petita Bretanya, eren dos germans, e l’u era capità e parent del rei d’Anglaterra, lo qual era nomenat Uterpandragó, qui fon pare del rei Artús. E aquest capità ab lo germà seu ensems prengueren un fort castell, lo qual estava sobre una gran roca qui era tota de bona sal, e lo castell fon edificat sobre aquesta roca. E per ço... deixaren lo nom propi d’ells e prengueren lo nom de la conquesta”, pág. 677.

La narración del origen del linaje, unido en matrimonio a una infanta de Francia, concluye con un elogio global de éste¹⁹:

“E tots los que eren allí ab Tirant eren d’aquella pròpia línea, qui eran de llinatge molt antic, e hi havia haguts tostemps de molt virtuosos cavallers, e singulars dones de gran honestat.” Idem, pág. 678.

¹⁷ Acaso cabría incluir aquí al marques de Liçana, personaje que aparece en la parte final de la novela y cuyas correrías tienen ciertas similitudes con las del señor d’Agramunt. La evolución de este personaje es similar a la de los otros que comento —ensalzamiento militar y social que concluye con una buena boda— pero no entro aquí en el detalle pues en ningún momento de la novela se dice con claridad que pertenezca también al linaje de Tirant.

¹⁸ En el cap. CCXXXIII podemos encontrar el mayor ejemplo de este espíritu de clan familiar que anima a los de Roca Salada y que está por encima incluso de los lazos del vasallaje. Cuando escapando de la habitación de Carmesina Tirant ha puesto en alerta a todo el palacio imperial, Diafebus, duque ya de Macedonia, acude en auxilio de su pariente. Pasado el peligro, Diafebus regresa a su cuarto y allí confiesa a Estefània:

“Per nostra Dona, jo anava ab tal deliber, que si l’Emperador hagués pres a Tirant, que ab aquesta atxa jo haguera mort a l’Emperador e a tots los qui fossen de sa voluntat; e après, Tirant o jo fóra estat emperador”. pág. 706.

¹⁹ Desde el punto de vista caballeresco era importantísima la vinculación a una estirpe preclara puesto que, según escribe M. Keen:

“Ningún hombre que no pudiera señalar algún caballero entre sus antepasados podría ser elegido para ser hecho caballero: ésta es la ley que aparece en una ordenanza de Federico II en la primera mitad del siglo XIII”, o.c., págs. 192-3.

La expresión más clara de esa conciencia de grupo que manifiestan en diversas ocasiones es la que se recoge al final del libro, cuando muerto Tirant se hace preciso buscar un nuevo Emperador. En el capítulo CDLXXX tratan este asunto “*lo rei de Sicília, e lo rei de Fes, e lo duc de Macedònia, e lo marquès de Liçana, e lo vescomte de Branches, e alguns altres del seu parentat*”. Y el tema lo plantea Hipòlit en los siguientes términos:

“Poden pensar les senyories vostres que tot l’Imperi resta en poder e senyoria de l’Emperadriu. Si bé la sua edat és avançada, algun gran senyor se casarà ab ella de bona voluntat, e ho tendrà a gràcia per ésser emperador. E après mort d’ella, restarà senyor, e per ventura tractarà mal los estrangers, qui som nosaltres, ací heretats. Per què só jo de parer que seria bo que féssem u de nosaltres emperador e que tots li ajudàssem, e aquest tal heretaria molt bé a tots los altres”, pág. 1.173.

Estamos, por lo tanto, ante una mera cuestión de supervivencia y de mantenimiento del estatus social alcanzado en el imperio gracias a las caballerías de Tirant. Y, efectivamente, la sucesión se establece en esa reunión, en la que no participa ni uno solo de los nobles oriundos de Grecia. Es un acto corporativo de nobles “*estrangers*” que aprovechan la “*intimidación*” entre uno de ellos y la Emperatriz para hacerse con el poder en el Imperio.

Del mismo modo, cuando tras la caída de Tirant desde el balcón de palacio, con la subsiguiente rotura de su pierna, éste, que ha quedado al cuidado de Hipòlit, marcha hacia el frente, Diafebus reprocha a éste último haberlo consentido puesto que si Tirant muriera “*tots serem perduts, e de nosaltres no serà feta menció ninguna.*” (Cap. CCXXXVIII, pág. 721).

Por otra parte, dentro de esta evidente conciencia de vinculación de todo este grupo de caballeros bretones en torno a la figura de Tirant lo Blanc, cada uno de ellos desarrolla un papel diferenciado dentro de la novela.

El primero de ellos en importancia, tanto en cuanto a su relación con el protagonista como por la trascendencia de sus intervenciones en el decurso de la historia, es Diafebus, quien ya en su primera aparición ante el ermitaño ejerce de portavoz de las gestas londinenses de su pariente al tiempo que se otorga a sí mismo en su propio relato uno de sus principales papeles en la novela, el de confidente (Cap. LXXII, pág. 252). Esta función así como la de propagandista de Tirant va a ser la más importante de Diafebus también en el desarrollo inicial de las intrigas amorosas en la corte de Constantinopla a partir del cap. CXVIII.

A la vez que confidente, Diafebus en sus relaciones con Estefania va a desarrollar un juego muy interesante como contrapunto de los amores de Tirant con Carmesina. Se trata de una pareja de amores que recuerda en ciertos casos la de la pareja típica amo-criado / ama-criada de la comedia clásica castellana: Los personajes protagonistas, Tirant y Carmesina, establecen una relación amorosa regida por reglas mucho más rígidas e idealizadoras mientras que de

una forma paralela los personajes que actúan en un escalón social inferior — Diafebus combate a las órdenes de Tirant, Estefania es la camarera de Carmesina — mantienen una relación paralela, pero en la que esas normas sociales aparecen mucho más relajadas²⁰.

Para un entendimiento más completo del papel que como caballero corresponde a este personaje servirá fijarse en dos episodios muy distantes y significativos de la obra:

El primero tiene lugar poco después del episodio de las “bodas sordas” y nos presenta a un Diafebus completamente inserto en los aspectos más “decorativos” de la caballería, como un “*cavaller de ventura*”. El episodio tiene lugar durante las justas que con ocasión de la llegada de los embajadores del Sultán convoca el Emperador. Sin que nadie lo espere Diafebus acude a ellas recreando mediante una espectacular alegoría su amor por Estefania²¹ y a continuación vence rápidamente a dos de los mantenedores, el duque de Sinòpoli y el duque de Pera, tras lo cual es el propio Tirant quien sale a enfrentarse con él dando lugar a una interesante demostración del respeto que Diafebus siente por su primo pues cada vez que llegan al encuentro levanta su lanza para no combatir con él. A lo largo de todo este episodio, Diafebus se comporta como un auténtico caballero típico de novela de caballerías, anónimo, enamorado, victorioso, barroco, misterioso... Pero a la vez, las muestras de respeto hacia Tirant lo mantienen en el papel que le es propio a lo largo de toda la novela como seguidor incondicional de su pariente.

El otro episodio marca muy bien el diferente trato que con respecto a la figura de este caballero va a tener el autor a partir de su ascenso y alejamiento del protagonista una vez nombrado duque de Macedonia. El ejemplo mayor de esto se puede destacar con motivo de su prisión: Lejos de Tirant, Diafebus no es capaz de manejarse entre las insidias de los caballeros griegos y su enfrentamiento con el duque de Pera acaba en el mayor desastre del ejército cristiano: “*entre morts e presos, cinc milia cavallers d’esperons daurats, sens los altres de què no se’n feia menció.*” (Cap. CCLXXXIX, pág. 817)²².

²⁰ El caso más llamativo e interesante de esta relación especular entre unos y otros lo encontramos en la narración del supuesto sueño de Plaerdemavida del cap. CLXIII: Mientras que la Princesa obliga a Tirant a hacer un juramento de que no hará nada que ella no desee y él se ve obligado a cumplirlo sin conseguir otra cosa que “*amorosos besars*”, Diafebus somete a Estefania a un acoso sin cumplidos que sólo termina con la celebración definitiva de lo que ella misma llama sus “*bodes sordes*”.

²¹ Entre otros elementos de esta alegoría resalta:

“*E per aquest orde mateix anaven sis trompetes que portava, e dabant lo Conestable anava una donzella ricament abillada ab una cadena d’argent, que lo un cap portava en la mà, e l’altre estava lligat al coll del Gran Conestable*”, pág. 622

recreando una metáfora tópica del amor cortés para dejar patente la servidumbre a la que el amor ha conducido al caballero.

²² Ya hasta el cap. CDLIX no reaparece un Diafebus muy diferente del que conocíamos hasta entonces:

“*y estava tan desfressat, que jamás l’haguera conegut, car venia ab la barba fins a la cinta e los cabells dins a les espatles, magre, descolorit e tot mudat de la sua bella fesomia, vestit ab un albornús groc, ab una tovallola al cap blava*”, pág. 1.132.

La trayectoria del caballero Diafebus parece tener dos momentos bien diferenciados: el primero, en que a la sombra de Tirant y como pariente, cronista y confidente suyo adquiere un protagonismo importante que le lleva a un ascenso social notable que le convierte en Duque de Macedonia, y el segundo, en que precisamente en virtud de ese ascenso se desvincula en cierta medida de la figura de su protector, lo que le lleva a un desastre militar por un lado y a su alejamiento del decurso de la novela por otro. Esto parece indicar que para Martorell el papel de estos caballeros que ocupan una posición secundaria en la novela sirve fundamentalmente para apuntalar la trayectoria ascendente del protagonista y para dibujar el fondo contra el que se recorta la noble y generosa personalidad de éste.

La carrera caballeresca de Hipòlit comienza cuando Tirant le concede la orden de caballería con ocasión de la batalla del río Transimeno²³. Y ya en esa batalla tiene ocasión de llevar a cabo su primer hecho de armas. Más aún que en el caso de Diafebus, es el contacto con el gran caballero lo que va forjando el espíritu caballeresco en el discípulo, que se concreta desde el principio en una veneración total por el maestro hasta el punto, como en este cap. CLVI, de ofrecer por él la propia vida. De hecho poco más adelante aparece la concreción teórica de estas ideas, pues refiriéndose de nuevo a Hipòlit el narrador comenta:

“volgué imitar a son mestre e senyor. E per çó volen dir molts que primer deu hom examinar lo cavaller ans que ab ell poseu vostre fill, car si ell és virtuós, ell en farà mil de virtuosos, e, tot per lo contrari, si és viciòs, tal en serà lo criat.” Cap. CLXVI, pág. 580.

Ciertamente la parte más importante del ascenso de Hipòlit se debe a sus amores con la Emperatriz, pero esto no debe hacer olvidar que como caballero a Hipòlit también le son concedidos en la novela papeles relevantes, puesto que cuando Tirant permanece en Berbería y los turcos se apoderan de todo el Imperio griego es Hipòlit en sustitución de aquél a quien le es encargada la defensa de Constantinopla, tal y como se nos informa en el cap. CDVII:

“L’Emperador havia fet capità seu major a Hipòlit, lo qual feia cas-cun dia de molt grans cavalleries; e si no fos per ell, lo Soldà haguera presa la ciutat ans que Tirant fos aplegat”, pág. 1.036.

Curiosamente, tras la muerte de los protagonistas sólo Hipòlit queda en una situación de “desprotección”, pues carece de cualquier título nobiliario y el final de la guerra le priva de los cargos militares que pudiera tener hasta entonces. En ese momento el novelista hace a Tirant capaz de seguir protegiendo a

²³ La patente incoherencia narrativa que muestra la novela en lo que se refiere a la identidad de Hipòlit es analizada por MARTÍ DE RIQUER: *Tirant lo Blanc, novela de historia y de ficción*, págs. 175-177.

todo el linaje de Roca Salada incluso después de su muerte, facilitando la mayor dignidad de todas las que concede al personaje al que menos ha podido elevar durante su vida²⁴.

El señor d'Agramunt, "*lo major del parentat*" (cap. CDLXXX, pág. 1173), tiene un papel muy importante durante los episodios africanos de la obra puesto que es el único de su familia que iba en su galera cuando Tirant arribó a Berbería. Acerca de su progresión en la novela ya he hablado, puesto que toda ella depende de la generosidad de Tirant, que decide casarlo con Plaerdemavida y hacerlos a ambos reyes de Fes y de Bogia. Sin embargo el episodio más llamativo en el que este personaje participa es sin duda la ofensa que causa, sin saberlo, durante el sitio de Montàgata a la que después será su mujer (Cap. CCCLXIV, pág. 974).

Los siguientes capítulos reflejan la vergüenza que el caballero debe pasar hasta ser perdonado por su señor, puesto que ha ofendido doblemente la ley de la caballería, primero tratando de forma indecorosa a una mujer y en segundo lugar ofendiendo gravemente con las armas a quien está por encima de él²⁵.

Por último, "*Mossèn d'Amer*" (cap. CLXXXIX, pág. 629), vizconde de Branches, llega a Constantinopla durante el torneo en el cual tiene lugar la tan alegórica intervención de Diafebus. Llega directamente desde Francia, como capitán de cinco mil arqueros enviados por el rey, y su primer acto en Constantinopla es precisamente hacerse nombrar caballero por la Emperatriz.

La relación personal del vizconde con Tirant —son primos hermanos (Cap. CLXXXIX, pág. 629)— es subrayada desde el primer momento y se nos informa de que acude a Constantinopla entre otras cosas movido "*per voler exercir lo gentil estil de les armes*". Su intervención posterior resulta muy marginal, siendo él, junto con el señor d'Agramunt, el encargado de llevar los cuerpos de Tirant y de Carmesina a Bretaña para su entierro (cap. CDLXXXV). Sin embargo, y dentro de esa tendencia que hay dentro de la novela de que todos deben ser recompensados, la historia del vizconde de Branches terminará en Constantinopla donde el nuevo Emperador

"comprà de continent lo comdat de Banaixí, qui era de la Princesa, per tres.cents mília ducats, e donà'l al vescomte de Branches en premi de sos treballs." Cap. CDLXXXVI, pág. 487.

Como conclusión de todo lo anterior, señalaré que en general todos los caballeros del linaje de Roca Salada se caracterizan por mantener de una forma

²⁴ Durante el consejo en el que los nobles francos han de elegir sucesor para Tirant el marqués de Liçana indica que la propuesta de Hipòlit es la más acertada puesto que los demás "*tots tenim mullers*", o dicho de otra manera, todos ellos han tomado ya estado familiar y social, la mayoría de los cuales les han sido proporcionados precisamente por Tirant.

²⁵ Recuérdese aquí de nuevo como ejemplo que Diafebus en todo momento se negó a combatir contra Tirant en el torneo de Pera precisamente para demostrar ese respeto que como a cabeza de su linaje le debía.

bastante estricta los comportamientos y formas propias de las novelas de caballerías y de las convenciones caballerescas propias del momento de la redacción de la novela, pero además en todos ellos se lleva a cabo un proceso de elevación social dentro de su ámbito nobiliario ligado siempre a su vinculación a Tirant, cabeza de su linaje y protector de todos ellos.

2.2. Aparte de los miembros de la familia de Tirant, otro grupo importante de caballeros es el que se da cita junto con Tirant en Londres con motivo de los festejos de la boda del rey de Inglaterra con la infanta francesa. Estas fiestas son el lugar de inicio de las caballerías de Tirant y de entre los varios combates que allí sostiene interesa aquí a mi propósito resaltar dos: los que le enfrentan contra el señor de Vilesermes y contra Tomàs de Muntalbà.

El primero de ellos protagoniza junto a Tirant un típico enfrentamiento caballeresco ligado al servicio de amor a una dama, “*la bella Agnès*”, de quien el de Vilesermes se halla enamorado y, como dice ella tras su muerte:

“ha fetes de singulars cavalleries per amor mia desijant haver-me en sa senyoria per lícit matrimoni, ço que jamás haguera aconseguít per jo ésser de major auctoritat de llinatge e de béns de fortuna.” Cap. LXVII, pág. 231.

Este caballero reclama cierto “*fermall*” concedido galantemente por su dama a Tirant enviándole una carta de batalla formal ante la negativa de éste a entregárselo. Lo llamativo del planteamiento de este episodio en la novela es que este reto obliga al protagonista a plantearse la posibilidad o no de llevar a cabo un enfrentamiento personal durante la realización de las fiestas organizadas por el rey de Inglaterra y, como consecuencia de estos reparos, toma protagonismo una figura muy poco habitual en los relatos de caballerías: el “*rei d’armes*”, un profesional del ejercicio caballeresco, conocedor de todos los recovecos de la “*legislación*” de este tipo de encuentros. El papel de Jerusalem y después de Clarós de Clarença muestra el alto grado de especialización y de complejidad a que se había llegado en la normativa que regía las justas y el puntillismo que rodea todo lo que tiene que ver con la elección de las armas, las condiciones del enfrentamiento y la copiosa parafernalia que rodeaba en general los combates de honor. Incluso tras el combate continúan las formalidades con la intervención del propio monarca y del clero que permita el entierro en sagrado del caballero muerto “*com a bon cavaller e màrtir d’armes*” puesto que, en principio “*no pot ni deu ésser admès a eclesiàstica sepultura sens expressa llicència de nosaltres*” (cap. LXVIII), tal y como declaran los clérigos²⁶.

²⁶ Acerca de los reparos que el clero planteaba a este tipo de prácticas caballerescas véase la narración que de las exequias del caballero Asberto de Claramunt, muerto durante las justas que tuvieron lugar con ocasión de la defensa del Paso Honroso por Suero de Quiñones sobre el Órbigo en 1434, hace Zurita:

“y dándose orden que ciertos religiosos que estaban en el paso y celebraban los divinos oficios le cantasen sus responsos, dijeron que «a aquel home non le podían hacer auto ninguno que fiel cristiano debía haber, por ser muerto en el auto que muriera»; y pasáronlo a una ermita que estaba al

El otro caso interesante es el de los hermanos de Muntalbà, especialmente el segundo, Tomàs²⁷, a partir del momento en que, con el puñal de Tirant en el ojo, aquél decide "*fer tot lo que em manaràs, per deliurar la mia miserable ànima de la mort eterna.*" A partir de este momento comienza el largo y detallado ceremonial de deshonor del caballero "*desdit e vençut e fementit*".

En resumen, estos episodios sirven para poner de relieve cómo, dentro de esta narración fuertemente realista que está haciendo Martorell de las costumbres caballerescas de su tiempo, deben tenerse en cuenta dos aspectos diferentes que se entremezclaban continuamente: por un lado, el empleo de los recursos de la literatura caballeresca, como mentalidad que da origen a determinados comportamientos e incluso como forma de plantear los enfrentamientos; por otro, la existencia de una normativa compleja pero esencial para encauzar esa caballería "literaria" dentro de la realidad legal y social²⁸. Todos los pasos del torneo, todas las posibilidades de su desarrollo están perfectamente codificadas y se someten a un riguroso formalismo, barroco y alegórico, que resulta tan importante como el propio enfrentamiento, puesto que además de regularlo lo inserta dentro de las costumbres sociales establecidas.

El siguiente grupo de caballeros sobre los que me parece importante reflexionar brevemente es el de los grandes señores sarracenos que aparecen en la novela, enemigos en general de Tirant. El más nutrido y variado de ellos es el de los reyes y grandes señores contra los que debe ir enfrentándose en Berbería.

La conclusión tras un rápido análisis viene a ser que la condición de caballero y la virtud caballeresca en general no parece encontrarse limitada por cuestiones religiosas y por lo tanto los sarracenos son, en principio, tan buenos caballeros como los cristianos y sus planteamientos de unos y otros con respecto al estamento caballeresco difieren tan poco como para poder escuchar esta tópica arenga caballeresca en boca de un infiel, el rey de la menor India:

"-Oh amics e germans meus, e singulars en l'art de cavalleria! La major riquea que hom pot posseir en aquest món es la honor" Cap. CCCXXXV, pág. 920.

cabo de la puente que no era consagrada. Porque el obispo de Astorga no quiso dar licencia que le enterrasen en sagrado, hízose un sepulcro en el cabo de la puente enfrente de la ermita, y allí lo enterraron." J. ZURITA: o.c., XIV, XXII, pág. 78.

²⁷ Curiosamente este enfrentamiento tropieza también al principio con un mero problema de forma:

"-Estrenyeu la batalla —dix Tirant— e no us poseu per les rames, que tot lo que dit haveu no hi basta, car de vostra pròpia boca ho haveu a dir: altrament no acceptaria vostra requesta." Cap. LXXXI, pág. 271.

²⁸ Una de las conclusiones que se alcanzan del estudio del comportamiento de los caballeros reales de aquella época que tan al detalle ha puesto de manifiesto M. de Riquer, es su pasión por estos aspectos rituales, casi teatrales, que rodean a sus enfrentamientos. Esto es lo que ha llevado a ese estudio a afirmar que "*ens adonem, doncs, que els cavallers i catalans valencians del XV viuen i obren d'una manera que ens sembla novel·lesca*" M. DE RIQUER: *Aproximació al Tirant lo Blanc*, pág. 42.

Possible mención de los torneos entre familias rivales aragonesas hacia 1520.

En este grupo la figura más completa es la de Escariano, que sufre una profunda evolución a lo largo del texto, que le transforma del fiero negro asesino con que se presenta en las primeras batallas en un humilde súbdito cristiano evangelizador incluso de su propio pueblo. Además es el único personaje de la novela ensalzado por Tirant que no pertenece a su familia y su papel es tan similar al de Felip o el señor d'Agramunt que en la parte final de la novela acude en ayuda de su "señor" como ellos para dar fin a la reconquista del Imperio y, aunque no participa en la elección de Hipòlit como futuro Emperador, es el encargado de comunicar a la Emperatriz la decisión de los nobles francos al respecto (cap. CDLXXXII).

En general puede concluirse que en el *Tirant Martorell* parte de la idea de que la orden de caballería está por encima de las religiones y concierne por lo tanto a todas ellas aunque, por supuesto, su máxima expresión, su definición más perfecta se encuentra dentro de la religión católica por lo que el bautismo de Escariano vendría a ser el perfeccionamiento final de un ya buen caballero.

El último grupo de caballeros que aparece en la novela con un perfil bastante definido es el de los nobles bizantinos entre los que Tirant debe desenvolverse a partir de su llegada al Imperio griego. Varios de ellos intervienen en episodios más o menos trascendentes de la novela como el duque de Pera o el de Sinòpoli, pero el más importante de ellos sin duda es el duque de Macedonia, antagonista de Tirant a lo largo de todo ese episodio hasta la muerte del duque.

El duque de Macedonia representa en la obra al caballero traidor ya desde su primera aparición en el texto en la narración de Carmesina:

"Emperò Déu piadós e misericordiós te vulla guardar de les mans d'aquell famejant lleó, duc de Macedònia, home molt cruel e envejós e molt destre e sabut en actes de tració. E aquesta és la sua reprovada fama que ell més no matà negú sinó malament. E fama certa és que ell matà aquell valentíssim cavaller germà meu." (Cap. CXXV, pág. 398)

Nos encontramos ante el noble de más categoría del Imperio después del Emperador y sin embargo en él se reúnen todas las características del mal caballero: es "*home molt superb, e poc entès segons los fets que practica*" (cap. CXXXI, pág. 417), descortés e ignorante, con "*costum de lladre o de gran robador*" (cap. CXXXIV, pág. 436), "*perdedor de batalles (...), confús e abatut cavaller*" (cap. CLIV, pág. 517). Viene a ser, en suma, la antítesis de Tirant y como tal se enfrenta a él desde que éste se presenta en el campo de batalla como capitán general de los ejércitos del Imperio. Este enfrentamiento con Tirant va haciéndose más agudo conforme avanza la novela y tiene varios momentos significativos como el episodio en que Diafebus se ríe de él, el parlamento en el que el duque aconseja aceptar las treguas propuestas por el Sultán "*e encara la pau, si la volran, o sia servei de l'Emperador o no*" (cap. CXXXVII, pág. 443) o la violenta discusión tras la que todos los nobles griegos aceptan el mando de Tirant. El punto culminante de este enfrentamiento se

produce en plena batalla en el momento en el que el duque intenta matar a Tirant a traición, tras lo cual muere. Resulta interesante la presencia de este ejemplo negativo de lo que debe ser un caballero en la persona de uno de los de más alta dignidad dentro del Imperio, enfrentado a otro, como Tirant, que, sin poseer esa dignidad honorífica, sabe alcanzar una posición incomparablemente superior por su saber y buen hacer dentro del ámbito de la caballería.

3. *TIRANT LO BLANC* COMO ELOGIO DEL ESTAMENTO MILITAR

Por último, estos caballeros no se definen sólo en relación a sí mismos, sino que se recortan contra un fondo de personajes que no pertenecen a su misma categoría social marcando siempre las diferencias.

3.1. En el apartado anterior he dejado expresamente para el final la figura del duque de Macedonia. Este gran señor es sin lugar a dudas el más indigno caballero de todos los que aparecen en la novela, el único del que en ningún momento se presenta un rasgo favorable, y a la vez, curiosamente, el noble de mayor dignidad del Imperio. Resulta claro, pues, desde el principio que para Martorell no existe una vinculación necesaria entre categoría nobiliar y dignidad caballeresca. Más bien parece interesado en resaltar lo contrario.

He hecho ya referencia a que Tirant no pertenece a familia real alguna, lo cual le acarrea en determinados momentos problemas por su bajo origen. Sólo su estirpe, el linaje de Roca Salada, remite legendariamente a la realeza, pero lo cierto es que en el momento vital de Tirant y sus compañeros su categoría social no es muy elevada mientras que sus principales relaciones sociales a lo largo de toda la novela son personajes de la más alta nobleza como el ya citado duque de Macedonia y, sobre todo, miembros de la realeza como el príncipe de Gales, Felip o Carmesina.

Desde un punto de vista estamental, durante toda la Edad Media la tradición política europea colocaba al rey al lado de sus ricoshombres y caballeros configurando el estamento militar y como representación máxima de este grupo social, moviéndose en un plano diferente al de los clérigos o el pueblo bajo²⁹.

²⁹ Entre las muchas expresiones que de esta división tripartita de la sociedad medieval podemos encontrar en los tratados de la época, la definición más clásica parece ser la que D. Juan Manuel hace en su *Libro de los Estados*:

"*Todos los estamentos del mundo (...) se encierran en tres: al uno llaman defensores, et al otro oradores, et al otro labradores.*" J. VALDEÓN: *La Baja Edad Media*, en *Historia de España*, vol. 5, Madrid, Historia 16, 1981, pág. 22.

El propio D. Juan Manuel, quien luchó toda su vida para que su familia retomara una corona de la que llevaba mal verse excluido, presenta un inolvidable ejemplo de este papel esencialmente militar de la realeza en su ejemplo "Del salto que hizo el rey Richalte de Inglaterra contra los moros", a partir de la leyenda de Ricardo Corazón de León. Vd. D. Juan Manuel: *El conde Lucanor*, Madrid, Cátedra, 1993.

Por supuesto, desde otros muchos puntos de vista podían existir diferencias insalvables entre un simple escudero y el rey de Aragón, por ejemplo, pero no en este ámbito general vinculado a la función social de cada individuo dentro de esa estructura enormemente rígida en la que se mueve la institución de la caballería³⁰. Al menos teóricamente, esas diferencias evidentes no serían de diferente calidad a las que podrían establecerse entre ese mismo rey y el más poderoso de sus nobles³¹. Bien es cierto que conforme transcurrieron los siglos y se fueron fijando las fronteras de los reinos y las peculiaridades de cada uno, el rey fue pasando de representar a la clase militar dirigente a ser el símbolo de todo el conjunto de la sociedad de ese territorio. De hecho el paso de la Edad Media a la Edad Moderna está marcado por esa desvinculación de la realeza con respecto al estamento nobiliario, convirtiéndose en un ente aparte, sagrado en muchos casos, representación viva del reino. Solamente la figura del Emperador, como figura de un poder civil paralelo al poder religioso del Papa, y de origen divino como el de éste, parece encontrarse en una órbita superior a la de la nobleza y realeza dentro del pensamiento político medieval³².

En *Tirant lo Blanc*, novela escrita por un caballero, en el sentido social del término, la figura de los reyes está vinculada por completo a la de la nobleza, a la manera medieval, y además vamos a poder ver que suele manifestarse relacionada con rasgos negativos que colocan más de una vez a miembros de la realeza por debajo de los propios caballeros.

Partiendo de los casos más simples, podemos señalar que casi ninguno de los reyes o familiares de reyes que aparecen en el libro escapa a alguna tacha

³⁰ J. A. GARCÍA DE CORTÁZAR habla de la "solidaridad jurídica de la nobleza" en la Edad Media peninsular y explica al respecto:

"Desde mediados del siglo XII, esta solidaridad jurídica, que tiende a subrayar el predominio social que se otorgaba a la clase guerrera, la expresarán gráficamente ricos-hombres, caballeros infanzones y caballeros fijosdalgo, que aspiran a distinguirse así de quienes no eran nobles, como los caballeros villanos, mediante la constitución de una Orden de Caballería (...) La expansión y el fortalecimiento de la Orden de Caballería, junto con el predominio militar por lo menos hasta el siglo XIV de los guerreros a caballo contribuyeron, simultáneamente, a mantener el prestigio y cerrar las filas de la nobleza frente a otros grupos sociales, como los habitantes de las ciudades, y a conseguir una plena identificación entre nobleza y caballería." J. A. GARCÍA DE CORTÁZAR: *La época medieval*, Madrid, Alianza Editorial/Alfaguara, 1980, págs. 277-278.

³¹ Estas diferencias, que se fueron acentuando con el paso del tiempo y que los propios reyes estaban interesados en remarcar, chocaban sin embargo con la tradición histórica que hacía del rey un "primus inter pares". A este respecto considérese el recuerdo más o menos legendario de los Fueros del Sobrarbe, potenciado a partir sobre todo de las obras históricas del Príncipe de Viana o de fray Gauberto Fabricio de Vagad, y cuya concreción más reivindicativa se recoge ya en el siglo XVI en el supuesto juramento aragonés de fidelidad al rey: "Nos que valemus tanto como vos os hacemos nuestro Rey y Señor, con tal que nos guardéis nuestros fueros y libertades, de lo contrario, no". J. H. ELLIOT: *La España Imperial*, Vicens-Vives, Barcelona, 1986. Vd. también J. LALINDE: *Los fueros de Aragón*, Zaragoza, Librería General, 1976.

³² Ya en el siglo XIII Federico II de Alemania escribía: "La majestad imperial es libre de todas las leyes, de cualquier clase que sean, y no tiene que rendir cuentas más que al juicio de la razón, que es la madre del Derecho." Y, según comentario de J. Vicens Vives a estas palabras: "Se iniciaba en la monarquía una nueva tendencia que había de cristalizar en las formas autoritaria y nacional que había que revestir en el siglo XV". J. VICENS VIVES: *Historia general moderna. Del Renacimiento a la crisis del siglo XX. Tomo I*, Barcelona, Montaner y Simón S.A., 1974.

más o menos importante. Así por ejemplo, del rey de Sicilia, padre de Ricomana, gracias a un filósofo de Calabria sabemos nada menos que “*ell no és fill d'aquell magnànim e gloriós rei Robert qui fon lo més animós e lliberal príncep del món*” y por lo tanto:

“posseeix lo regne com a rei tirà e ab poca justícia, com al duc de Mes-sina pertany lo regne e la corona de Sicília, car bord no pot ni deu ésser admès a senyorejar regne negú, com diga la Sacra Escripura que tot arbre bord deu ésser tallat e més al foc.” Cap. CX, pág. 350-351³³.

Ni siquiera el Emperador sale muy bien parado en sus relaciones matrimoniales en esta novela puesto que también su mujer se acuesta con otro, bien que no con un panadero, como había hecho la reina de Sicilia en el caso anterior.

Tampoco desde el punto de vista militar los reyes tienen mucho que decir en la novela pues ni el rey de Francia ni el de Sicilia son capaces de poner en pie de guerra un contingente efectivo para pasar en auxilio del Imperio, que queda a merced de la voluntariosa iniciativa de un caballero particular como Tirant; y en el único caso en que dos reyes, el rey de Frisia y el de Apolonia, toman las armas siquiera en ámbitos deportivos, ambos son derrotados por Tirant.

El episodio del entierro oficial de estos dos monarcas, junto con sus compañeros de armas los duques de Borgoña y de Baviera, presenta también un interesante enfrentamiento entre este novel caballero que inicia entonces sus grandes caballerías y otro de los miembros de la más alta nobleza, a la que me estoy refiriendo. Pese al enorme desnivel de dignidad que hay entre el vencedor y los vencidos el caballero insiste en su derecho a disfrutar de la honra ganada meritoriamente por su brazo marchando armado tras los féretros. Indignado por ello, el príncipe de Gales le espeta:

“-E bé voleu ésser fart d'honor, Tirant lo Blanc, e no us contentau d'haver-los morts que encara voleu haver més d'ells”, pág. 265.

El comentario no es baladí, puesto que a partir de este momento este gran señor, el noble de mayor dignidad en el reino de Inglaterra, va a ser el mayor antagonista en la sombra de Tirant, como se muestra en el episodio de Kirie-leison de Muntalbà, quien contará con todo el apoyo del Príncipe.

Pero el personaje que mejor representa esta condición mediocre de la realeza es, sin duda, Felip, quinto hijo del rey de Francia,

³³ Llamativo comentario éste puesto que Fernando I de Aragón, rey de Nápoles —reino al que pertenece Calabria, patria del filósofo—, era hijo ilegítimo, “*arbre bord*”, de Alfonso V, quien a su vez pertenecía al linaje de los Trastámara, rama también ilegítima de la casa real castellana. Como descendencia ilegítima de la casa de Aragón era también el linaje de Híjar, al que pertenecía el Comendador de Montalbán con el que tantos años de pendencias mantuvo Martorell.

“qui era un poc ignorant e tengut en possessió de molt grosser, e lo Rei per causa d’açò ne feia poca estima, e la gent no en feien ninguna menció d’ell.” Cap. IC, pág. 303-4.

Además la relación de Felip con Tirant va a basarse en la del discípulo torpe con su maestro a lo largo de casi toda la obra, pero sobre todo durante el desarrollo de los amores del infante francés con la infanta siciliana.

Ya he señalado que el propio rey de Sicilia en un momento dado se siente más inclinado a entregar a su hija como esposa a Tirant que a Felip, pese a la sangre real de éste. Y similar parece ser la inclinación de Ricomana puesto que desde el principio muestra un justificado recelo hacia Felip que ya en el primer coloquio cortesano entre ellos se comporta *“tan vergonyós, com era davant ella, que escassament gosava parlar, e com ella lo posava en raons, algunes no hi sabia respondre”* (Cap. C, pág. 308) lo que le lleva a Ricomana a dejarle claro a Tirant sus puntos de vista al respecto:

“per mon delit volria home qui fos entès e comportaria ans en estat i en llinatge e que no fos grosser ni avar”, pág. 309.

Esta preferencia de la sabiduría sobre el linaje es algo muy propio del *Tirant*, como vamos viendo.

Diversos son los episodios en los que Ricomana se percata de los rasgos negativos del carácter de su futuro esposo hasta el punto de que llega a poner a prueba a Felip en varias ocasiones. Por fin en el cap. CX asistimos a la conclusión de esta brega. Ricomana ya está cansada de probar a Felip y de que Tirant lo saque de aprietos y opta por contratar al filósofo de Calabria para que dictamine la personalidad de su prometido. Sus conclusiones son terminantes:

“-Senyora, lo galant que la senyoria vostra m’ha fet veure porta l’escrit en lo front de molt ignorant home e avar. E dar-vos ha a sentir moltes congoixes. Serà home animós e valentíssim de sa persona e molt venturós en armes e morrà rei”, pág. 352.

Formalizado pese a todo el matrimonio y tras la marcha de Tirant a Constantinopla, el papel de Felip se eclipsa hasta que sabemos que una serie de casualidades le han hecho rey y acude en ayuda de su maestro Tirant. Sin embargo, el autor no se ha olvidado de su personaje y todavía tiene para él un último denuesto:

“aquest rei Felip de Sicília era home un poc avar e havia ajustat molt tresor ab la molta diligència que tenia en fer-se molt ric.” (cap. CDVIII, pág. 1037.)

En conclusión, la figura de Felip, quinto hijo del rey de Francia y rey de Sicilia, es una de las de rasgos más negativos, siempre bordeando el ridículo,

de toda la novela y tal vez la que más claramente muestra la enorme diferencia de calidad que para el autor existe entre un caballero entendido y liberal, aunque de origen poco elevado, y otro grosero y avaricioso, por muy alto origen que tenga.

Vemos cómo la figura de Tirant se va recortando contra un fondo de grandes nobles y reyes que no están a su altura. Sin embargo, conviene que añada que esto no sucede sólo con el protagonista sino que su “alter-ego”, el conde Guillem de Varoic, mantiene una posición bastante similar en relación con su rey en la primera parte de la novela.

Del estatus social del conde ya he tenido ocasión de hablar antes. Frente a él el rey de Inglaterra es descrito como “*molt jove, e de dèbil complexió e visca malaltís, encara que tinga l'ànimo de virtuós cavaller*” (Cap. XV, pág. 140) y, como él mismo reconoce un poco más adelante dirigiéndose a sus nobles: “*conixeu en mi que no só disposat per a combatre lo rei moro*” (Cap. XVI, pág. 141). Y ya sabemos lo que esto provoca: el rey de Inglaterra debe incluso abdicar en el conde Guillem para que sea éste el que se enfrente a los invasores y sólo la generosidad y el desprendimiento de su sustituto hacen que tras la victoria el rey sea repuesto en su preeminencia.

Podíamos pensar que se trata de un simple requisito de la historia para ensalzar más al conde o un reflejo de la turbulenta minoría de edad histórica de Enrique VI de Inglaterra, con quien tanto tienen que ver los capítulos ingleses del *Tirant*. Pero tras analizar el resto de la novela podemos generalizar que esta incompetencia manifiesta del rey para salvaguardar su reino, que lleva incluso al abandono de la dignidad real en manos del caballero que acude en su ayuda, forma parte de un planteamiento más amplio por parte del autor que quiere dejar clara la superioridad de la buena caballería sobre la nobleza más alta. Es decir, para Joanot Martorell, dentro del conjunto social que forma el estado medieval de los “*defensores*” ni siquiera la realeza puede considerarse por encima de lo que representa la verdadera virtud caballeresca. Sin duda por esto, yéndonos de nuevo al final de la novela, nos encontramos con que gracias a las caballerías de Tirant y los méritos en general de los nuevos caballeros hay todo un grupo de personajes del linaje de Roca Salada, carentes por lo tanto de sangre real, que portan corona —Diafebus, duque de Macedonia; el señor d’Agramunt, rey de Fes y de Bogia e incluso Hipòlit, Emperador—.

En el *Tirant* el autor manifiesta su preferencia por un nuevo concepto de la realeza que ya no está basado en la descendencia directa de otros reyes sino en la propia virtud personal manifestada en obras de caballería³⁴.

³⁴ Esto es así puesto que en cierta manera, tal y como dice J.E. RUIZ DOMÉNEC:

“*Para Martorell, el arte de la caballería significa poner en la balanza, lanzar al peligro a los mejores hombres de su tiempo, y hacerlo además con un fin justo, pues no hay duda de que la caballería es el único fundamento de todo lo existente.*” J.E. RUIZ DOMÉNEC: “*Tirant ante la cultura caballeresca*”, *Actes del Symposium Tirant lo Blanc*. Barcelona, Quaderns Crema, 1993, pág. 548.

3.2. Por una parte, pues, Tirant pertenece a un nivel secundario dentro de su clase social, pero aunque el fondo social contra el que se recorta la figura de Tirant y de los otros caballeros es en general el de estas clases más elevadas del siglo XV, también hay episodios y personajes en los que el contraste se produce entre esos mismos caballeros y las clases inferiores de esa sociedad.

Una primera idea fundamental a este respecto es que este estamento, el de los caballeros, se halla muy por encima de los demás. En muchas ocasiones Tirant refleja su conciencia de pertenecer a una clase especial como miembro de la nobleza, lo que Martorell, ya en el cap. "Primer" llama "*lo militar estament*"³⁵. Así por ejemplo en el cap. CCCLIV marca las diferencias con respecto a los comerciantes:

"E lo traüt per vosaltres a mi promès no el vull, car més estime la glòria que la pecúnia, mas essent yo Tirant lo Blanch, del llinatge de Roca Salada, no mercader mas cavaller, ésser me recorda no deure pendre com de donar sia acostumat", pág. 961.

En general podemos decir que las clases más bajas de la sociedad son dejadas al margen tanto de la actividad política, en la que no participan en absoluto, como de la actividad militar, mediante la cual en ningún caso se autoriza una ruptura del orden social establecido. Los grupos que constituían la parte más numerosa de la sociedad medieval tanto en el Reino de Valencia, como, en general, en toda la Europa de ese tiempo, los campesinos, no aparecen en ningún momento de la novela³⁶. Únicamente por razones argumentales presenta ésta en varias ocasiones las figuras de marineros y de soldados de baja extracción social en papeles muy poco relevantes. Solamente los artesanos, como habitantes de la ciudad, y algunas profesiones liberales, en concreto los abogados, protagonizan algún episodio, secundario pero digno de mención.

En el cap. XLI, con ocasión de las bodas del rey de Inglaterra, se produce un curioso enfrentamiento entre varios de los gremios ciudadanos que participan en la procesión. Más concretamente, tal y como lo cuenta Tirant:

De ahí que para ellos la recompensa haya de ser también según el autor la más elevada. Por otra parte el siglo XV es la época de los grandes "condotieros" italianos, ejemplos evidentes de la posibilidad de un gran ascenso social mediante el ejercicio de las armas. Bien conocidas eran en toda Europa y sobre todo en Nápoles los largos y cruentos enfrentamientos que llevaron a los Sforza a hacerse con el poder en Milán en esta época.

³⁵ M. KEEN en su clásico estudio de la caballería medieval indica que a finales de la Edad Media tratados teóricos como el de Diego de Valera llevan a cabo una ampliación del estamento de la caballería "*que incluye tanto a toda la aristocracia de las armas, a los guerreros en potencia, a los escuderos, a los gentileshombres y a los hombres de armas, como a los caballeros.*" M. KEEN: *La caballería*, Barcelona, Ariel, 1986, pág. 32.

³⁶ "*La agricultura, la artesanía y el comercio son las bases en las que se apoya la actividad económica valenciana. Una completa organización de los regadíos en los siglos XIII y XIV hace que la producción agrícola sea proporcionalmente muy superior a la de los restantes territorios peninsulares.*" J. L. MARTÍN RODRÍGUEZ: *Baja Edad Media (siglos XIII-XV). Historia de España*, 6, Océano, Estella, 1993, pág. 1.189.

“Entre los ferrers e los teixidors fon lo divís, car los teixidors de lli deien que devien preceir als ferrers, e los ferrers deien lo contrari, que ells devien haver la honor dels teixidors. Ajustaren-se en cascuna part passats deu mília hòmens; e los juristes foren causa de tot açò”, pág. 189.

El problema se plantea por una mera cuestión formal, pero creo que a estas alturas podemos valorar la enorme importancia que en la sociedad del *Tirant* tiene lo meramente formal y de allí la gravedad del hecho³⁷. Lo interesante es que la resolución del problema hace caer toda la culpabilidad sobre otro gremio, el de los abogados, con una dureza y un desprecio que manifiestan probablemente más el pensamiento personal y acaso clasista del autor que la auténtica realidad social. En efecto, después de que el Duque de Lencastre zanje la cuestión ahorcando cabeza abajo a tres juristas de cada bando —sentencia que el Rey de Inglaterra alaba y agrava, añadiendo el descuartizamiento de sus cuerpos— éste es el consejo que con respecto a los abogados ofrece:

“Senyor, si la majestat vostra me volia creure, fésseu en vostre regne que no hi hagués sinó dos juristes, e aquells dins deu o quinze dies haguessen determinada qualsevulla causa ab sentència difinitiva e dar-los bon salari a cascú, e si prenien res de negú que no hagen altra pena sinó aquesta que havem executada. E lo pròsper Rei manà que així fos fet”, pág. 190.

No parece extraña esta belicosidad que parece mostrar el autor contra el gremio de los juristas y abogados conocida su manifiesta tendencia a solventar sus problemas más por el expeditivo método de los retos y duelos “a ultrança” que por conductos legislativos³⁸.

El otro caso que me parece interesante de comentar marca la enorme dificultad que entraña el ingreso en este mundo de caballeros para todos aquellos

³⁷ Este tipo de peticiones parece no ser un mero recurso literario, sino que remite a problemas corporativos reales en aquella época. Del año siguiente a la traducción castellana del *Tirant* puede conocerse una sentencia del concejo de Zaragoza determinando una cuestión de precedencia en procesiones y entradas reales entre la Cofradía de Zurradores y la Cofradía de Blanqueros en la que a la vez se multaba a ambos “por la discordia que entre los dichos Officios hubo por las sobredichas vanderas el día de Corpus Christi proximo passado del presente anyo”. Ángel SAN VICENTE: *Instrumentos para una historia social y económica del trabajo en Zaragoza en los siglos XV a XVIII*, t. I, Zaragoza, Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del país, 1988, pág. 100.

³⁸ Un prejuicio similar contra los “leguleyos” encontramos en las palabras de otro noble, aragonés éste, D. Pedro Manuel de Urrea, hermano del Conde de Aranda, quien en su *Cancionero* de 1513 alaba a su hermano por haber dado fin a los problemas legales que mantenía con su madre en relación con la dote de ésta con las siguientes palabras:

“vuestra Señoría, como siempre, a tenido saber y discricion y conciencia, a reparado el defecto de los letrados, que ellos, como todos los otros artistas, buscan sus ganancias haciendo una cosa tan fuerte y tan contraria que, con una misma ley, consejan una cosa á vno y otra á otro, que es como los marineros, que con vn mismo viento, van vnos y vienen otros.” P. M. DE URREA: *Cancionero*, Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1878, pág. 197.

que por su origen y condición social se hallan fuera de antemano del círculo restringido de la caballería. El episodio tiene como origen el asedio a que Tirant somete en Berbería al rey Escariano, en cuya derrota final tiene un papel importantísimo un albanés que se gana la confianza de éste y posibilita la entrada de Tirant en la ciudad. En el cap. CCCXX, ese albanés realiza un sentido panegírico de la orden de caballería que concluye con la petición a Tirant de que en pago de su colaboración le haga caballero. Curiosamente, Tirant se niega a ello pese a lo mucho que debe al albanés, y su razonamiento es el siguiente:

“De mos propis béns te vull ans donar que no dar-te la honor de l’orde de cavalleria, per no ésser reprès de reis, ducs, comtes e marquesos e dels famosos cavallers; car lo teu ignocent desig no comporta la honor de cavalleria, ni rebre aquella, com aquest tan alt orde no pertany a totes gents, car és cosa molt delicada e no deu venir en poder de tots aquells qui ho desigen ésser” (Cap. CCCXXI, pág. 894).

Y el agradecimiento de Tirant se vuelca en un generoso pago de cincuenta mil doblas por sus servicios.

Tal vez sea este el único caso en toda la novela en que los servicios guerreros de un personaje no se traducen en una elevación de su rango dentro de la escala de la caballería, bien sea mediante su introducción en ella, como sucede con muchos de los escuderos —incluido Tirant— que son nombrados caballeros con ocasión de las justas de Inglaterra, bien mediante algún agradecimiento honorífico, como le sucede a Melquisedec tras la toma de Montàgata. Es más, en este caso, el mero hecho de que para el pago se utilice dinero supone para el receptor un alejamiento mayor de los honores propios del caballero, un subrayado de que quien colaboró en la victoria no pertenece ni puede pertenecer al orden más elevado que se mantiene únicamente del mérito y los honores.

Nos encontramos por lo tanto con una concepción social de la caballería bastante cerrada, a la que pertenecen únicamente una serie de individuos que por nacimiento y categoría social se mueven dentro de ese grupo buscando una colocación más o menos elevada en su escalafón, pero bastante desvinculados de un mundo social exterior que no tiene cabida real dentro de la novela, que no le interesa, en conclusión, al novelista, y algunos de cuyos aspectos en realidad desprecia.

4. MOSSÈN JOANOT MARTORELL

Si la novela *Tirant lo Blanc* puede leerse como el elogio consciente de un determinado estamento social³⁹, el de los caballeros de la época del autor, no

³⁹ Cf.: Joanot Martorell es descrito por algún crítico como “un autor a qui un sentit agut de la realitat el porta a defensar constantment la institució de la cavalleria en el relat, tot donant a la

menos cierto es que ese elogio no deja de ser al mismo tiempo un canto de alabanza de la propia forma de ser y de interpretar la vida del autor, el caballero Joanot Martorell. Hay pues una apología de clase pero también una apología personal.

Sin una vinculación directa a un gran linaje, lo cierto es que los Martorell formaban parte de un extenso grupo social de familias de la mediana nobleza que formaba el grueso de la clase militar valenciana⁴⁰. Con sus inmediatos ascendientes moviéndose en el entorno real y señores de posesiones importantes en las fértiles vegas valencianas que les eximían de preocuparse por su mantenimiento, los hermanos Martorell, tanto Galcerán como Joanot, se sentirían vinculados desde pequeños con esos otros nobles señores que hacían de sus vidas una exuberante demostración de la forma de vida caballeresca.

Así, lo que conocemos del autor del *Tirant* nos lo describe ligado sobre todo a una evidente pasión por resolver todas las controversias y disputas que se le planteaban a fuerza de “letres de deseiximent” como las que preceden en su novela más de una vez a algunos combates. De una de ellas, la que le envió a Perot Mercader desde Londres en 1439, copio el siguiente párrafo:

*“tot cavaller e gentilhom per son ofici és tengut de mantenir e aidar a dones e a donzelles, e vós menyspreant l'ordre de cavalleria, veniu contra aquelles, volent excusar de paraula aquell qui ha feta maldat”*⁴¹.

Vemos que el escritor, que probablemente por entonces acaba de tomar contacto con los materiales que irán conformando el *Tirant*, plantea los problemas de su vivir cotidiano a la manera de los caballeros de su novela, haciendo girar sus ideas en torno a los conceptos de “l'ordre de cavalleria”.

Para Joanot Martorell las ideas en las que se basaba la caballería real, de las que la caballería literaria sólo era un reflejo idealizado, eran esencialmente correctas y practicables y bastaban para ordenar una vida. Y son estas ideas, normas, costumbres, palabras incluso, las que va a querer reflejar en su novela como espejo y justificación de su propia conducta. Por eso me parece bastante aceptable la conjetura que postula M. de Riquer acerca de que fuera el propio Enrique

novel.la un cert aire de defensa de classe, de justificació estamental. F. GADEA: “Joanot Martorell; Tirant lo Blanc, cavallers a la defensiva”, *Actes del Symposion Tirant lo Blanc*, Barcelona, Quaderns Crema, 1993, pág. 275-276.

⁴⁰ Dentro de la Corona de Aragón no había uniformidad en lo referente a la agrupación estamental de las clases nobles. Así, mientras que en el Reino de Aragón eran convocados a Cortes en el siglo XV dos brazos diferentes, el de los ricoshombres por un lado y el de los caballeros por otro, en el de Valencia todos los nobles eran incluidos en el brazo militar que reunía por lo tanto desde los infantes a los meros infanzones. Sin embargo: “*Las diferencias económicas entre unos y otros, que nos hacen pensar en los pocos intereses en común, se superan sin duda, por la conciencia de clase*”. M^ª ROSA MUÑOZ POMER: “Las cortes valencianas de los siglos XIII al XV” en F. UDINA et al.: *Cortes y parlamentos en la Corona de Aragón*, Zaragoza, Aragón, 1988, pág. 247.

⁴¹ M. DE RIQUER: “Joanot Martorell i el *Tirant lo Blanc*” en J. MARTORELL: *Tirant lo Blanc i altres escrits*, Barcelona, Ariel, 1995, pág. 13.

VI de Inglaterra el que le concediera el título de caballero a Martorell durante su primera estancia allí. De este modo la estrecha vinculación que se percibe a lo largo de toda la novela entre autor y personaje, se estrecharía más aún⁴².

En relación con todo esto debo detenerme en el episodio de la vida real de Joanot Martorell cuyos ecos más claramente se recogen en la novela: sus problemas reales con D. Gonzalo de Híjar, comendador de Montalbán, metamorfoseados en las justas de Londres de la primera parte del *Tirant* en los enfrentamientos entre el protagonista y los hermanos Kirieleison y Tomàs de Muntalbà.

De la pendencia literaria ya he hecho mención en capítulos anteriores. En cuanto a las desavenencias económicas reales entre el autor del *Tirant* y el comendador de Montalbán, M. de Riquer las ha descrito con detenimiento en varios de sus trabajos y de ellas lo que más puede concernir al tema que estamos tratando es el negativo desenlace que para el autor del *Tirant* parece vislumbrarse tras los últimos episodios de la disputa. Resulta muy significativo el duro desprecio con que tras cuatro años de dimes y diretes trata D. Gonzalo a Martorell negándose incluso a leer la carta de batalla que éste le envía. Y lo importante aquí es la excusa que para esta negativa alega:

*“la gran difèrenca e imparitat que entre les dites parts, per les coneixents d’aquells, és atrobada e notòriament coneguda, així per llinatge, condició e estat, com per la consuetud de llur viure”*⁴³.

En efecto, desde el punto de vista del linaje familiar, poco podía competir un Martorell con un Híjar, descendiente de la propia casa real aragonesa y una de las familias de mayor prosapia nobiliaria en la Corona de Aragón⁴⁴. Pero

⁴² Esto explicaría también desde una perspectiva autobiográfica el hecho de que “*els capítols anglesos del Tirant, tan diferents de la resta de la novel·la, constitueixen una encertada descripció de la formació del cavaller*”, según indica M. DE RIQUER: *Historia de la literatura catalana*, t. II, Barcelona, Ariel, 1980, pág. 709.

⁴³ M. DE RIQUER: “Joanot Martorell i el Tirant lo Blanc”, pág. 20.

⁴⁴ La casa de Híjar remonta su origen hasta el propio Jaime I el Conquistador quien, según cuenta Zurita: *o.c.*, III, CI, pág. 772, tuvo un hijo natural de doña Berenguela Fernández, llamado Pedro Fernández, a quien dejó la baronía de Híjar.

En época de Martorell este linaje seguía constituyendo uno de las siete únicas grandes casas de gentilhombres aragoneses y muchos de sus miembros ocupaban cargos de primera relevancia en la Corona. D. Juan Fernández de Híjar, por ejemplo, fue uno de los nobles aragoneses que más apoyó a Alfonso V en su campaña napolitana y su hijo D. Juan de Híjar, jefe de la casa como el anterior, se convirtió en la época en que presumiblemente Martorell estaba elaborando su novela, en el principal valedor de los derechos del Príncipe de Viana en la guerra civil que éste sostuvo contra su padre Juan II. Otro miembro de este linaje, otro Gonzalo de Híjar como el de Martorell, era también por esta época —murió en 1435: Zurita, *o.c.*, XIV, XXIV, pág. 82— Arzobispo de Tarragona.

Volviendo sobre el tema de la diferente adscripción estamental de la nobleza en los reinos de Aragón y de Valencia hay que tener en cuenta en este caso en concreto que por un lado, como miembro de una orden militar, Gonzalo de Híjar se encuadraba dentro del estamento eclesiástico pero además y en virtud de su naturaleza aragonesa y la categoría de su linaje, la vinculación inmediata de un Híjar se hallaba en el estamento de los ricoshombres al que un Martorell en ningún caso podría haber aspirado. En relación con lo primero se halla sin duda la referencia a la “*consuetud de llur viure*”, con lo segundo la que menciona su “*llinatge, condició e estat*”.

precisamente este dato es el que nos puede aclarar algunas particularidades de la novela. Estos Muntalbà del *Tirant*, ridículos y ridiculizados, uno de los cuales muere de ira sin llegar a combatir mientras que el otro termina avergonzado buscando refugio en la orden franciscana, desde el punto de vista caballescno no admiten comparación con su adversario, Tirant lo Blanc, proveniente de una capa inferior dentro del conjunto de la clase social de los caballeros pero cuyo comportamiento y proezas lo van a colocar muy por encima no sólo de los anteriores sino de todos los otros caballeros, nobles e incluso reyes de la novela.

Visto de este modo, el episodio de las justas de Londres que estoy comentando ahora y la novela en general, vienen a ser también una cerrada defensa de la esencial igualdad que el autor considera que existe entre todo el estamento de los caballeros, igualdad sólo rota a posteriori por los méritos individuales que cada uno pueda aportar dentro de la forma de vida caballescna correspondiente a ese estamento y cuya manifestación más cumplida debe ser la lucha contra los infieles, tal y como nos lo muestra el ejemplo de su modelo de caballeros: Tirant lo Blanc⁴⁵.

⁴⁵ Cf.: "*El aspecto aristocrático [de la caballería] no es sólo cuestión de nacimiento, sino que está conectado con las ideas de la función de la caballería y con una escala de virtudes que implican que la aristocracia es tanto una cuestión de valor como de linaje.*" M. KEEN: *o.c.*, pág. 33.